

mento que precedía á la división Víctor, de regreso á Lombardia, se presentó á las puertas de Crema: era un momento de fermentación, y la presencia de las tropas francesas no podía menos de infundir mayores esperanzas y más audacia á los patriotas. Atemorizado el podestá veneciano, rehusó al principio la entrada á los franceses; después permitió que penetrasen cuarenta; mas apoderándose éstos de las puertas de la ciudad, abrieronlas á las tropas que seguían. Los habitantes, aprovechando entonces la ocasión, se insurreccionaron, expulsando después al podestá veneciano. Los franceses no adoptaron aquel partido sino para abrirse paso, y los patriotas hallaron en ello una circunstancia favorable para sublevarse. Cuando existen semejantes disposiciones, todo sirve de causa, y los acontecimientos más involuntarios producen resultados que hacen suponer la complicidad allí donde no existe ninguna. Tal fué la situación de los franceses, que sin duda alguna deseaban individualmente la revolución, pero que oficialmente observaban la neutralidad.

Los montañeses y los campesinos, excitados por los agentes de Venecia y por los frailes, inundaban la campiña, mientras que los regimientos esclavones, desembarcados de las lagunas en tierra firme, avanzaban sobre las ciudades insurrectas. Kilmaine había dictado sus órdenes, poniendo en movimiento la legión lombarda para desarmar al paisanaje, y ya habían ocurrido varias escaramuzas. Se acababa de incendiar varias ciudades; muchos campesinos fueron desarmados; pero los demás amenazaban con saquear los pueblos y asesinar á los franceses, á quienes designaban con el nombre de jacobinos. Ya habían dado muerte de una manera horrible á cuantos encontraron aislados. Hicieron primeramente la contrarrevolución en Saló: un considerable grupo de habitantes de Bérgamo y de Brescia, apoyado por un destacamento de los polacos de la legión lombarda, marchó sobre Saló para expulsar á los montañeses. Varios individuos enviados para parlamentar fueron atraídos á la ciudad y asesinados; el destacamento se vió arrollado y batido, é hicieronse doscientos prisioneros polacos, á quienes se envió á Venecia. En Saló, en Verona y en todas las ciudades venecianas se cogió á los partidarios conocidos de los franceses para encarcelarlos; y los inquisidores de Estado, animándose con aquel miserable triunfo, mostráronse dispuestos á crueles venganzas. Preténdese que se prohibió limpiar el canal Orfano, destinado, según es sabido, al horrible uso de ahogar á los prisioneros de Estado. El gobierno de Venecia, no obstante, mientras se preparaba á desplegar el mayor rigor, trataba de engañar á Bonaparte con actos de aparente condescendencia, concediendo el millón mensual que había pedido.

El asesinato de los franceses no continuó menos por eso allí donde se les encontraba, y como la situación comenzaba á ser sumamente grave, Kilmaine envió nuevos correos á Bonaparte. Al saber éste los combates ocurridos con los montañeses, el suceso de Saló, en el que doscientos polacos fueron hechos prisioneros, el encarcelamiento de todos los partidarios de Francia y los asesinatos cometidos en las personas de los franceses, dejóse llevar de la cólera. Acto continuo escribió una carta fulminante al senado de Venecia, en la cual recapitulaba todas sus quejas, pidiendo el desarme de

los montañeses y la libertad de los prisioneros polacos y de los súbditos venecianos á quienes se había encarcelado. Bonaparte encargó á Junot que llevara esta carta y la leyese en el senado, ordenando al ministro Lallemand que saliera en el acto de Venecia, declarando la guerra si no se daban todas estas satisfacciones.

Entretanto bajaba á paso de gigante desde las alturas de los Alpes Nóricos, dirigiéndose al valle del Mur, pues su principal esperanza en aquella marcha temeraria consistía en que entraran pronto en acción los ejércitos del Rhin, y en su próxima llegada al Danubio; pero recibió una comunicación del Directorio, que echaba todos sus planes por tierra. La penuria de la Tesorería era tal, que no le era posible proporcionar al general Moreau los pocos centenares de miles de francos indispensables para adquirir un tren de puente destinado á pasar el Rhin. El ejército de Hoche que ocupaba dos puentes y estaba preparado quería marchar, pero no osaba aventurarse solo más allá del Rhin mientras Moreau permaneciese más acá. Carnot exageraba también en su comunicación las tardanzas que debían mediar antes de entrar en campaña los ejércitos de Alemania, y no dejaba á Bonaparte ninguna esperanza de recibir apoyo. El general quedó desconcertado al leer estos detalles, y como tenía la imaginación viva y pasaba de la extremada confianza á la desconfianza, figuróse que el Directorio quería perder al ejército de Italia y á su jefe, ó que los otros generales se negaban á secundarle. Entonces escribió una amarga carta sobre la conducta de los ejércitos del Rhin: dijo que una línea de agua no era jamás un obstáculo, y que en su propia conducta se tenía la prueba de ello; que cuando se deseaba franquear un río, se podía hacerlo siempre; que el que no exponía nunca su gloria la perdía algunas veces; que él había franqueado los Alpes con tres pies de nieve y de hielo, á lo cual no se hubiera atrevido nunca si hubiese calculado como sus colegas; que si los soldados del Rhin dejaban al ejército de Italia solo y expuesto en Alemania, sería preciso «que no tuvieran sangre en las venas;» y que si se abandonaba á su valeroso ejército, se replegaría, para que Europa juzgara entre él y los demás de la república. Así como todos los hombres apasionados y orgullosos, gustábase á Bonaparte quejarse y exagerar el motivo de sus quejas. Por más que dijese, no pensaba en retirarse ni aun en detenerse un momento, sino atemorizar á Austria con una marcha rápida é imponerle la paz. Muchas circunstancias favorecían este proyecto: en Viena dominaba el temor; la corte estaba dispuesta á transigir, y el príncipe Carlos lo aconsejaba con insistencia; sólo resistía el ministerio, afecto á Inglaterra. Las condiciones impuestas á Clarke antes de las victorias de Arcola y de Rívoli eran tan moderadas, que se podía obtener fácilmente la adhesión del Austria y aún mucho más. Reunido con Joubert y Massena, Bonaparte iba á tener de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres á su disposición; y con tales fuerzas no temía una batalla general, cualquiera que fuese la del enemigo. Por estas razones resolvió entablar una negociación con el príncipe Carlos, y en el caso de no contestar caería sobre él impetuosamente para descargar un golpe tan rápido y vigoroso que no se resistiera más á sus ofertas. ¡Qué gloria para él si, solo y sin apoyo, pene-

trando en el Austria por un camino tan extraordinario, llegaba á imponer la paz al emperador!

Hallábase en Klagenfurth, capital de Carintia, al tiempo que Joubert terminaba su movimiento por la izquierda é iba á reunirse. Bernadotte, á quien había destacado para que atravesase el camino de Carniola, se había apoderado de Trieste, de las ricas minas de Idria, de los almacenes austriacos, é iba á llegar por Laybach y Klagenfurt. En aquel mismo día 11 (31) escribió al príncipe Carlos una carta memorable diciéndole:

«Señor general en jefe: los militares valerosos hacen la guerra y desean la paz. ¿No dura esta lucha hace seis años? ¿No hemos matado bastante gente y causado sobrados males á la triste humanidad, que gime por doquiera? Europa, que había tomado las armas contra la república francesa, las ha depuesto. Vuestra nación ha quedado sola, y sin embargo, va á correr la sangre más que nunca. Esta sexta campaña se anuncia con siniestros presagios: cualquiera que sea el resultado, mataremos por una y otra parte algunos miles de hombres, y será necesario que acabemos por entendernos, puesto que todo tiene un término, hasta las pasiones odiosas.

»El Directorio ejecutivo de la república francesa había manifestado á S. M. el emperador el deseo de poner término á la guerra que devasta los dos países; pero la intervención de la corte de Londres se opuso. ¿No habrá, pues, ninguna esperanza de entendernos? ¿Será necesario que para satisfacer los intereses y las pasiones de una nación extraña á los males de la guerra continuemos matándonos? Vos, señor general en jefe, que por vuestro nacimiento estáis tan cerca del trono y muy por encima de todas las mezquinas pasiones que animan á menudo á los ministros y á los gobiernos, ¿estáis dispuesto á merecer el título de bienhechor de la humanidad entera y de verdadero salvador de Alemania? No creáis, señor general en jefe, que entiendo por esto que no sea posible salvarla por la fuerza de las armas; pero aun suponiendo que las eventualidades de la guerra os sean favorables, no por eso dejará de ser asolada la Alemania. En cuanto á mí, señor general en jefe, si la negociación que tengo el honor de proponeros puede salvar la vida á un solo hombre, más me enorgullecerá la corona cívica que haya merecido, que la triste gloria que puede resultar de los triunfos militares.»

El archiduque Carlos no podía aceptar esta negociación, porque aún no había resuelto nada el consejo áulico. Embarcábanse en Viena los muebles de la corona, y los papeles preciosos en el Danubio, enviándose á Hungría á los jóvenes archiduques y archiduquesas: la corte se preparaba á evacuar la capital en caso de apuro. El archiduque contestó al general Bonaparte que deseaba la paz tanto como él; pero que no tenía autorización alguna para tratar, y que era preciso consultar á Viena directamente. Bonaparte avanzó, pues, con rapidez cruzando las montañas de Carintia, y en la mañana del 12 germinal (1.º abril) persiguió á la retaguardia enemiga hacia Saint-Weith y Freisach, donde la derrotó. En la tarde del mismo día encontró al archiduque, que había tomado posición delante de las estrechas gargantas de Neumark con los restos de su ejército del Friul y con cuatro divisiones procedentes del Rhin, las de Kaim, Mercantín, el príncipe de Orange

y la reserva de granaderos. Empeñóse un combate furioso en aquellas gargantas, habiendo sido de nuevo todos los honores para Massena. Los soldados del Rhin desafiaron á los veteranos del ejército de Italia á quien avanzaría antes y más lejos; y después de una acción sangrienta, en la que el archiduque perdió tres mil hombres en el campo de batalla y mil doscientos prisioneros, todo fué tomado á la bayoneta y quedaron ocupadas las gargantas. Bonaparte continuó la marcha sin descanso al día siguiente, desde Neumark á Unzmark: entre éstos dos puntos desembocaba el camino transversal que unía á la gran calzada del Tirol con la de Carintia, y por este camino llegaba Kerpen perseguido por Joubert.

El archiduque, deseando ganar tiempo para reunirse con Kerpen, propuso una suspensión de armas, á fin de tomar en consideración, según dijo, la carta del 11 (31 marzo). Bonaparte contestó que se podía negociar y batirse; y al día siguiente, 14 germinal (3 abril), trabó otra sangrienta acción en Unzmark, donde hizo mil quinientos prisioneros, penetró en Knitelfeld y no encontró ya más obstáculo hasta Leoben. La vanguardia entró el 18 germinal (7 de abril): Kerpen había hecho un gran rodeo para reunirse con el archiduque y Joubert se incorporó al ejército principal.

El día mismo en que Bonaparte entraba en Leoben, llegaron al cuartel general el jefe del Estado Mayor del príncipe Carlos, teniente general Bellegarde y el mayor Merfeld, comisionados por el emperador, á quien la rápida marcha de los franceses había intimidado y que deseaba una suspensión de armas. Pedíanla por diez días; Bonaparte comprendió que semejante suspensión daba al archiduque tiempo para recibir sus últimos refuerzos del Rhin, reunir todas las divisiones de su ejército y tomar aliento; pero también él lo necesitaba mucho, y tendría además la ventaja de que se le incorporasen Bernadotte y Joubert. Por otra parte, creía en la necesidad del deseo de tratar, y por lo tanto, concedió cinco días de suspensión de armas, á fin de dar á los plenipotenciarios tiempo de llegar y firmar los preliminares. El convenio fué firmado el 18 (7 abril), y debía prolongarse sólo hasta el 23 (12 abril). Bonaparte estableció su cuartel general en Leoben, dirigiendo la vanguardia de Massena hacia Simmering, última altura de los Alpes Nóricos, que se halla á veinticinco leguas de Viena, y desde donde se pueden ver los campanarios de la capital. Destinó los cinco días á descansar y reunir sus columnas: dió una proclama á los habitantes para tranquilizarlos sobre sus intenciones, y confirmó con los hechos sus palabras, pues no se tomó cosa alguna sin que lo pagara el ejército.

Bonaparte esperó á que expirasen los cinco días, dispuesto á dar un nuevo golpe para intimidar más á la corte imperial, si aún no estaba suficientemente atemorizada; pero disponíase todo en Viena para poner término á la sangrienta y prolongada lucha que duraba hacia seis años y por la cual habían corrido torrentes de sangre. El partido inglés en el ministerio estaba completamente desacreditado: Thugut iba á caer en desgracia; los habitantes de Viena pedían la paz á toda costa; y el mismo archiduque, el héroe de Austria, la aconsejaba, declarando que el imperio no podía salvarse ya por la fuerza de las armas. Inclínabase el em-



perador á este dictamen; y resolviéndose al fin, mandaron salir inmediatamente para Leoben al conde de Merfeld y al marqués de Gallo, embajador de Nápoles en Viena, el cual fué elegido por influjo de la emperatriz, que era hija de la reina de Nápoles y se mezclaba mucho en los negocios. Sus instrucciones se reducían á firmar preliminares que sirviesen de base para tratar después de la paz definitiva. Llegaron el 24 germinal (13 de abril) por la mañana, en el momento en que, pasada la tregua, iba Bonaparte á mandar atacar las avanzadas. Manifestaron llevar amplios poderes para fijar las bases de la paz; se declaró neutral un jardín que había en los alrededores de Leoben, y se procedió al convenio en medio de los vivaques del ejército francés. El joven general, convertido de repente en negociador, no había aprendido jamás la táctica diplomática; pero hacía un año que se había visto precisado á arreglar los asuntos de más importancia que pueden discutirse en el mundo; tenía una gloria que le convertía en el hombre más imponente de su siglo y un lenguaje tan grave como su persona; así que representaba gloriosamente á la república francesa. No tenía credenciales para negociar, pues los poderes al efecto los tenía Clarke, á quien había enviado á llamar, y no había llegado aún al cuartel general; sin embargo, podía considerar los preliminares de la paz como un armisticio, y esto ya entraba en las atribuciones de los generales; por otra parte estaba seguro de que Clarke firmaría cuanto hubiese hecho, y procedió inmediatamente á las conferencias. El mayor afán del emperador y sus enviados estribaba en la observancia de la etiqueta. Según cierta antigua costumbre, el emperador tenía sobre los reyes de Francia el honor de la iniciativa; siempre se le nombraba en primer lugar en el protocolo de los tratados; y sus embajadores precedían á los franceses; era el único soberano á quien tenía Francia esta consideración. Los dos enviados del emperador consentían en reconocer desde luego la república francesa si se conservaba la antigua etiqueta.

«La república francesa, contestó orgullosamente Bonaparte, no necesita ser reconocida; lo está en Europa como el sol en el horizonte; tanto peor para los ciegos que no sepan verle ni aprovecharse de él.» Se opuso al artículo del reconocimiento; y en cuanto á la etiqueta declaró que eran muy indiferentes á la república francesa semejantes cuestiones, y que podrían entenderse sobre el particular con el Directorio, el cual se inclinaba probablemente á sacrificar estos intereses á ventajas positivas; que por lo pronto trataría de igual á igual, teniendo alternativamente la iniciativa Francia y el emperador. Pasaron en seguida á las cuestiones importantes. El artículo primero y de más interés era la cesión de las provincias belgas á Francia, que Austria no tenía intención de negarle. Convínose desde luego que el emperador abandonaría á Francia todas sus provincias belgas, y que como miembro del Imperio germánico, consentiría además en que Francia extendiese sus límites hasta el Rhin. La dificultad estribaba en hallar indemnizaciones, exigiendo el emperador que se le diesen suficientes, bien fuese en Alemania ó en Italia. Para proporcionárselas en Alemania había dos medios: cederle la Baviera, ó secularizar algunos Estados eclesiásticos del Imperio. La diplomacia europea había tratado

más de una vez del primer extremo, y el segundo se debía á Rewbell, que ideó este medio como el más conveniente y conforme al espíritu de la revolución. En efecto, no era ya tiempo de que los obispos fuesen soberanos temporales, y era un ingenioso pensamiento el de hacer pagar al poder eclesiástico las ventajas que reportaba la república francesa. Pero los engrandecimientos del emperador en Alemania no obtendrían muy fácilmente el beneplácito de Prusia; y si por otra parte se cedía la Baviera, era preciso indemnizar al príncipe que la poseía. Finalmente, hallándose los Estados de Alemania bajo la inmediata influencia del emperador, poco ganaba éste en adquirirlos, prefiriendo posesiones en Italia, que añadían realmente nuevos territorios á su potencia. Era, pues, preciso tratar de procurárselas en este reino.

Si se hubiera querido acceder á devolverle desde luego la Lombardia; si se hubiera contraído el compromiso de conservar en su actual estado la república de Venecia y no extender la democracia hasta la frontera de los Alpes, hubiera consentido al momento en la paz, reconociendo la república Cispadana, compuesta del ducado de Módena, de las dos Legaciones y de la Romanía; pero dejar de nuevo á Lombardia bajo el yugo del Austria, la Lombardia, que tanto afecto nos demostró, que tantos esfuerzos y sacrificios hizo por nosotros, y cuyos principales habitantes se habían comprometido de tal modo, era un acto odioso y una debilidad, porque nuestra posición nos permitía exigir más. Era, pues, preciso asegurar la independencia de la Lombardia, y buscar en Italia indemnizaciones que compensasen al Austria de la doble pérdida de Bélgica y Lombardia. Quedaba un arreglo muy sencillo que más de una vez se ocurrió á los diplomáticos europeos, siendo algunas veces motivo de esperanzas para Austria y de temor para Venecia, cual era el de indemnizar á la primera con los Estados de la segunda. Las provincias de Iliria, la Istria y toda la Italia alta, desde Isonzo hasta el Oglio, formaban ricas posesiones, y podían proporcionar sobrados equivalentes al Austria. El modo con que se había conducido respecto á Francia la aristocracia veneciana, su constante oposición á aliarse con ella, sus secretos armamentos, cuyo indudable objeto era dar contra los franceses en caso de contratiempo, la reciente sublevación de los montañeses y paisanos y el degüello de los franceses llenaron de indignación á Bonaparte. Además, si el emperador, por quien Venecia se había armado en secreto, aceptaba sus despojos, Bonaparte, contra el cual se dirigían aquellos armamentos, no podía tener el menor escrúpulo en cedérselos, habiendo también indemnizaciones que ofrecer á Venecia, pues existían la Lombardia, el ducado de Módena, las Legaciones de Bolonia y Ferrara y la Romanía, provincias ricas y considerables, que formaban en parte la república Cispadana. Con algunas de estas provincias podía indemnizarse á Venecia, y este arreglo pareció el más conveniente, teniendo aquí por primera vez principio la proposición de indemnizar al Austria con las provincias de tierra firme de Venecia, indemnizando también á ésta con otras provincias italianas.

Consultóse á Viena, que no estaba más que á veinticinco leguas, y se aprobó este género de indemnizaciones, fijándose al punto y redactándose en artículos

los preliminares de la paz que debían servir de base á una negociación definitiva. El emperador cedía á Francia todas sus posesiones de los Países Bajos, y consentía, como miembro del Imperio, en que la república dilatase sus confines hasta el Rhin, además de renunciar á la Lombardia. En cambio de todos estos sacrificios, recibía los Estados venecianos de tierra firme, la Iliria, la Istria y la alta Italia hasta el Oglio. Venecia permanecía independiente, conservaba las islas Jónicas y debía recibir equivalentes en las provincias que se hallaban á disposición de Francia. El emperador reconocía las repúblicas que iban á fundarse en Italia. El ejército francés debía retirarse de los Estados austriacos y guarnecer la frontera de los mismos, es decir, evacuar la Carintia y la Carniola y situarse en el Isonzo y desembocadura del Tirolo.

Todos los convenios relativos á las provincias y gobierno de Venecia debían hacerse de común acuerdo con Austria; también habían de establecerse dos congresos, uno en Berna para la paz particular con el emperador, y otro en una ciudad de Alemania para la paz con el Imperio. La primera debía concluirse en el término de tres meses so pena de quedar nulos los preliminares. Austria tenía además una razón poderosa para acelerar la conclusión del tratado definitivo; y era la de entrar cuanto antes en posesión de las provincias venecianas, para que los franceses no tuviesen tiempo de esparcir por ellas las semillas de la revolución.

Bonaparte tenía el proyecto de descomponer la república Cispadana, compuesta del ducado de Módena, de las dos Legaciones y de la Romanía; reunir el ducado de Módena á la Lombardia, y formar una sola república, cuya capital fuese Milán y su nombre el de *Cisalpina* por su situación respecto á los Alpes. Quería en seguida dar ambas Legaciones y la Romanía á Venecia, cuidando de someter á su aristocracia y modificar su constitución. De este modo existirían en Italia dos repúblicas aliadas de Francia, que la deberían su existencia y coadyuvarían á todos sus planes. La Cisalpina tendría por límites el Oglio, que sería fácil de fortificar, y que aunque no poseía á Mantua, que con el Mantuano quedaba por propiedad del emperador, podía convertirse á Pizzighetone en el Adda en una plaza de primer orden y podían repararse los muros de Bérgamo y de Crema. La república de Venecia con sus islas, el Dogado y la Polesina, que se procuraría conservárselas, con las dos Legaciones y la Romanía, que se le cedrían, y con la provincia de Massa-Carrara y el golfo de Spezia, que se le añadirían en el Mediterráneo, llegaría á ser una potencia marítima que coincidiría á la vez con los dos mares.

Pregúntanse algunos por qué no se aprovechaba Bonaparte de su posición para expulsar enteramente de Italia á los austriacos, y especialmente por qué los indemnizaba á costa de una potencia neutral y con un atentado semejante al reparto de Polonia. En primer lugar, ¿era posible redimir enteramente á Italia? ¿No era preciso trastornar á Europa para que consintiese en el destronamiento del papa, del rey del Piamonte, del gran duque de Toscana, de los Borbones de Nápoles y del príncipe de Parma? ¿Era capaz la república francesa de hacer los esfuerzos que exigía aún semejante empresa? ¿No bastaba sembrar en esta campaña el germen de la

libertad, creando dos repúblicas, desde donde no dejaría de extenderse en breve hasta el seno de la península? La división de los Estados venecianos nada tenía de semejante al célebre atentado que tantas veces se ha imputado á Europa. La Polonia quedó dividida por las mismas potencias que la habían sublevado y prometida solemnemente su auxilio. Venecia, á quien los franceses ofrecieron su leal amistad, la rehusó, y trataba de venderlos y sorprenderlos en un momento de peligro. Si de alguien debía quejarse, era de los austriacos, por cuyo bien era traidora á los franceses. Polonia era un Estado cuyos límites aparecían claros en el mapa de Europa; cuya independencia, por decirlo así, la exigía la naturaleza é interesaba á la paz del Occidente; cuya constitución, aunque defectuosa, era grande, y cuyos ciudadanos, indignamente vendidos, habían desplegado un sublime heroísmo, y merecido el interés de las naciones civilizadas. Venecia, por el contrario, no tenía más territorio natural que sus lagunas, porque jamás había residido su poder en sus posesiones de tierra firme. No quedaba destruída porque algunas de sus provincias se trocaran por otras; su constitución era la más abominable de Europa; sus súbditos detestaban su gobierno, y su perfidia y bajeza ningún título le daban de aprecio ó de existencia. Nada, pues, podía compararse en la división de los Estados venecianos á la de Polonia, á no ser el procedimiento particular del Austria.

Por otra parte, para no indemnizar así á los austriacos, era menester arrojarlos de Italia, y esto no podía efectuarse sino tratando en la misma Viena. Mas para esto era necesario que concurriesen los ejércitos del Rhin, y se había escrito á Bonaparte que no estarían dispuestos hasta dentro de un mes. En semejante situación no le quedaba más remedio que retroceder, para esperar que entrasen de nuevo en campaña, exponiéndose con esto á graves inconvenientes, porque hubiera dado tiempo al archiduque para preparar un formidable ejército, y á la Hungría para sublevarse en masa y acometerle por sus costados. Además era necesario retroceder y confesar casi la temeridad de su marcha. Aceptando los preliminares, tenía la honra de imponer él solo la paz; conseguía el fruto de su atrevida marcha; obtenía condiciones que según la situación de Europa eran muy gloriosas, y sobre todo con mucha más ventaja que las comunicadas á Clarke, porque entraba en ellas la línea del Rhin y de los Alpes y una república en Italia. Así es que en parte por razones políticas y militares y por consideraciones personales se decidió á firmar los preliminares. Clarke no había llegado aún al cuartel general; pero Bonaparte pasó adelante con su natural audacia y la seguridad que le daban su gloria, su renombre y el universal deseo de la paz, y firmó los preliminares como si sólo se hubiera tratado de un simple armisticio: verificóse el acto en Leoben el 20 germinal, año V (18 abril de 1797).

Tal vez no se habría apresurado tanto si entonces hubiera sabido lo que pasaba en el Rhin; pero no tenía más noticias que las que le habían enviado, reducidas á afirmarle que la inacción sería larga. Mandó salir inmediatamente á Massena para conducir á París el tratado de los preliminares. Este valiente general era el único á quien no se había dado la comisión de llevar banderas y recibir á su vez los honores del triunfo, y